

Sócrates ante los comisarios

Posted on 13 de junio de 2017 by José Lasaga Medina

En la década de los setenta, y en una Checoslovaquia que apenas respiraba después de la invasión de las tropas del Pacto de Varsovia, ordenada por Moscú, Jan Pato?ka escribió sus reflexiones sobre la historia reciente de Europa y su significado filosófico. Aún conservaban un prestigio casi intacto las visiones deterministas de la historia de corte racionalista y entre ellas, el materialismo histórico concebido por Marx en sus soledades londinenses. Contra esa concepción de la historia como necesidad y progreso escribió Pato?ka estos ensayos «heréticos» que ofrecen al lector una visión profundamente original, a la vez terrible y luminosa, de la modernidad europea, transformada, a través de las dos guerras mundiales que surgieron de ella, en una civilización en decadencia, pero cuyo legado, irónicamente, se convirtió en el fundamento de un nuevo mundo globalizado.

No es la primera vez que se traducen estos *Ensayos heréticos*. Su versión anterior (Barcelona, Península, 1988) era incompleta y planteaba graves problemas de comprensiónEn «Pato?ka: el sentido de la historia, el cuidado del alma y la comprensión de la Modernidad», Jesús M. Díaz llamaba la atención sobre la extrema dificultad de lectura que planteaban algunos pasajes de la traducción, por no hablar del hecho de que faltaban algunos párrafos; véase *Investigaciones Fenomenológicas*, 1, 1995, pp. 63-84. No pasó inadvertida la publicación entonces. Además del estudio que acabamos de citar, Agustín

Serrano de Haro publicó una «Semblanza del filósofo checo Jan Pato?ka. Introducción a su pensamiento», en Javier Prades y Gilberto Gutiérrez López, *Ciencias humanas y sociedad*, Madrid, Encuentro, 1993, pp. 89-99) y tradujo unos interesantes «Recuerdos de Husserl», del propio Pato?ka, en *Devenires III*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2002, pp. 9-22.. Esta nueva edición, además de haber sido vertida directamente del checo, se basa en otra, según informa su excelente traductor, Iván Ortega Rodríguez, elaborada a partir del manuscrito que su autor había ocultado en casa de un amigo y que por un feliz azar se encontró en 2005.

Jan Pato?ka, nacido en 1907, había regresado a la universidad, de la que había sido expulsado por los comunistas en 1949, con la Primavera de Praga. Formado en la tradición filosófica alemana, asistió a las conferencias de Husserl en París, de las que saldrían las *Meditaciones cartesianas*. Eso decidió su orientación filosófica como fenomenólogo. Consiguió una beca para estudiar en Friburgo, donde pudo asistir a algunas clases de un Heidegger que ya había publicado *Ser y tiempo*, cuyas tesis filosóficas también influirán en el pensamiento maduro de nuestro filósofo, especialmente su visión de la técnica.

En los casi diez años que separan el fin del experimento político liberalizador de los checos y su muerte, de resultas de un interrogatorio, especialmente prolongado, a los que era sometido con cierta frecuencia por su condición de portavoz e inspirador del movimiento disidente Carta 77, Pato?ka desarrolla una filosofía que, si bien parte de sus trabajos fenomenológicos convencionales, como los dedicados a la estructura del mundo natural, altera radicalmente el enfoque de sus búsquedas. Se trata de responder a lo que pasa en Europa aquí y ahora, y de responder a partir de una nueva y más radical concepción de la verdad: lo propio del filósofo es «la vida en la verdad». Ahora bien, ésta deja de ser concebida como captación de la esencia del fenómeno por la conciencia o desvelamiento del ente, convirtiéndose en una «praxis intelectual y vital». Praxis de una vida históricamente situada, que asume, por tanto, su responsabilidad política.

No es irrelevante que la autora que influyó más en estos ensayos, Hannah Arendt, intuyera la extraordinaria importancia que tendría la verdad en la política del siglo XX. En principio, la política tiene poco que ver con la verdad, pues su cometido es transformar la realidad mediante las opiniones que intercambiaban los hombres en el espacio público, las decisiones y la acción. Excepto en un escenario totalitario, en el que la verdad resulta un peligro *político* para la vida en la ficción que impone la ideología: «Sólo cuando una comunidad se embarca en la mentira organizada por principio […] la veracidad como tal, sin el sostén de las fuerzas distorsionantes del poder y del interés, puede convertirse en un factor político de primer orden. Cuando todos mienten acerca de todo lo importante, el hombre veraz […] ha empezado a actuar; también él se compromete en los asuntos políticos porque, en el caso

poco probable de que sobreviva, habrá dado un paso hacia la tarea de cambiar el mundo»«Verdad y política», en *Entre el pasado y el futuro*, trad. de Ana Poljak, Barcelona, Península, 1996, p. 264.. El recuerdo de Sócrates que parece inspirar estas páginas estuvo presente en la teorización que Pato?ka elaboró sobre su decisión de colaborar con el movimiento de disidencia Carta 77: «La solidaridad de los conmovidos está en condiciones de decir "no" a las medidas de la movilización que eternizan el estado de guerra. No erigirá programas positivos, sino que hablará y se pronunciará como el *daimon* de Sócrates: con advertencias y prohibiciones. Debe y puede crear una autoridad espiritual». A pesar de la opacidad del lenguaje, es fácil advertir que Pato?ka reflexiona sobre la situación de guerra potencial en que vivían las sociedades de las naciones centroeuropeas enfrentadas a sus Estados.

Es probable que hubiera podido emigrar. Varias instituciones docentes de la Alemania Federal le habrían ofrecido trabajo. Pero decidió quedarse. Expulsado de la universidad, dicta seminarios en casas de amigos y discípulos, desafiando a las autoridades, que en ocasiones hacen la vista gorda y en ocasiones arrestan. De su trabajo de reflexión no interrumpido surgen varios textos que circularon en *samizdat*Palabra rusa que significa «autoeditado» y que consistió en copiar a mano o a máquina, con papel carbón, obras literarias prohibidas que circulaban clandestinamente entre amigos. La práctica se extendió por todos los países centroeuropeos ocupados por la Unión Soviética., póstumamente editados bajo el título de *Libertad y sacrificio*Traducción de Iván Ortega Rodríguez, Salamanca, Sígueme, 2007., y el curso *Platón y Europa*Traducción de Marco Aurelio Galmarini, Península, Barcelona, 1991., inmediato precedente de estos ensayos. Algunas de las ideas allí expuestas como la tesis sobre la identidad de Europa que surgiría de las transformaciones de la polis griega («el cuidado del alma» es «lo que dio origen a Europa»), de su fracaso político y de las consecuencias que tuvo para la filosofía, son fundamentales para comprender a fondo estos complejos ensayos en los que se sostiene que la política, la filosofía y la historia nacieron simultáneamente de la experiencia griega de la polis.

La tesis de la polis como origen de una Europa que no es una cultura más, porque no nace de la transmisión de una tradición mitopoética sino de su destrucción, remite a la tercera influencia que va resultar decisiva para dar forma a la mirada «herética» que lanza Pato?ka sobre el pasado europeo y el presente totalitario –o postotalitario, para ser más exactos? que le toca vivir y aspira a esclarecer, y que ya hemos mencionado: Hannah Arendt. Si está en deuda con su comprensión de la naturaleza profunda del sistema de poder que había implantado la Unión Soviética en Europa Central, le será más relevante su antropología de la *vita activa* contenida en *La condición humana*.

Pato?ka injerta en los tres quehaceres de esa *vita activa*: la labor de nuestro cuerpo, el

trabajo de nuestras manos y la acción que se origina en la libertad, los tres movimientos «existenciales» que identifica como de aceptación, defensa y verdad. Los dos primeros son experiencia común de toda la humanidad. Se trata de asumir la carga de la vida para mantenerla a cubierto de sus necesidades y defender al recién nacido de su innata incapacidad. Es el mundo de la familia inscrito en el horizonte de una naturaleza no siempre benigna, pero tutelada por los dioses, que ayudan a aceptar el dolor, el sufrimiento y la muerte. El mito es la forma de comprensión de un mundo que pertenece a los dioses. La verdad del mito no se cuestiona, sino que, intacto en su verdad, se transmite de generación en generación, idéntico a sí mismo. Se trata del estadio «prehistórico», que sucede al momento ahistórico de una humanidad que apenas acaba de abandonar la vida animal. Pero, aunque hay sentido del bien y del mal, orden social, etc., memoria del pasado, anales, crónicas, no hay propiamente historia. ¿A qué llama, pues, historia?

«La historia se da allí donde la vida se hace libre y total. Se produce donde la vida edifica consciente un espacio para una vida igualmente libre y que no se agota en la mera aceptación; y tiene lugar allí donde la vida […] se decide a intentar darse un sentido a la luz de cómo se le muestra el ser del mundo en el que ella se encuentra emplazada». La *polis* fue el escenario donde «aquello» ocurrió, donde surgió la política como intercambio de opiniones de hombres libres y donde ya se habían puesto en marcha las erosiones al sentido recibido del mito en un preguntar que destruyó no sólo toda certeza recibida que garantizaba el acuerdo sagrado de los dioses con los humanos, sino que exigió buscar y construir un sentido distinto para lo que acontecía. Y eso es a lo que, con Pato?ka, debemos llamar «Historia». De aquí se sigue un corolario «herético» contra el pasado filosófico, incluido su muy querido maestro Husserl, que reza: la historia no es contemplación, sino responsabilidad.

Después de asentar el vínculo interno entre filosofía, historia y política, y de concebir la vida europea como la lucha por el establecimiento de un sentido trascendente a la existencia que, reducida a las necesidades naturales, quedaría encerrada en su animalidad originaria, Pato?ka dedica los dos últimos capítulos a interpretar los últimos siglos de Europa, condición necesaria para comprender la situación en la que se encuentra su país y él mismo, según reconoce en una nota: «Así, el pobre “filósofo”, que por su vocación toma conciencia de lo que resulta desagradable y viene a contrapelo, se ve volcado a estas cosas casi a solas consigo mismo y no cuenta en sus consideraciones con nada en que apoyarse». Esas cosas en las que nadie quiere reparar o de las que sus colegas no quieren hablar es el destino de una Europa «que fue construyéndose durante más de mil años, que se tambaleó durante algunos siglos y fue aniquilada después de trescientos años, delimitados al final por dos “guerras mundiales”, nombre que reciben con más derecho que el de europeas, dos guerras que en realidad conforman una sola».

La paradoja terrible que subyace a Europa, desde el punto de vista del sentido histórico, consiste en que sólo gracias a su autodestrucción ha conseguido realizar su esencia como civilización universal; no su esencia espiritual, sino su poderío científico-técnico al servicio de una voluntad de poder que, sumida en el nihilismo, olvidó su origen: el cuidado del alma. La inspiración platónica, surgida directamente de la crisis de la *polis*, simbolizada en la condena a muerte de Sócrates, se transmite a través del estoicismo romano y del cristianismo medieval y se interrumpe cuando la modernidad inicia una progresiva transformación de la racionalidad griega en dirección a un proyecto de conocimiento universal de la naturaleza que apenas si oculta su vocación de dominio, primero de las cosas y más tarde de la vida. Las dos guerras mundiales, junto con las revoluciones que pusieron en marcha, han terminado por dibujar el rostro del mundo en el que los herederos de la Vieja Europa se reparten los despojos después de combatirse en su propio suelo.

Esto es, más o menos, un resumen que hace una pálida justicia a los análisis del filósofo checo. Pero la crónica del suicidio de Europa, a partir de la Primera Guerra Mundial, no tiene su colofón en el absoluto pesimismo de quien levanta acta del triunfo nihilista. Lo que el filósofo descubrió un día, que *Polemos* es padre de todas las cosas, puede ser repensado. De hecho, Pato?ka termina el último de sus ensayos citando el principio que formuló Heráclito de Éfeso como ley divina «que nutre todo lo humano». pero matizando que no pensó el principio desde el punto de vista de la *Luz* o del *Día*, sino que lo pensaba también desde la preeminencia de la *Noche*. Es muy difícil trasladar a un lenguaje descriptivo la densidad semántica que Pato?ka es capaz de concentrar en estas y otras expresiones, como que «la lucha por la paz» es «lo demónico del día», o el descubrimiento al que confía su (nuestra) salvación: la «experiencia del frente» que conduce a la «solidaridad de los conmovidos» al comprender que el sacrificio de las vidas en el frente de batalla tiene poder para revelarse como fuente de sentido de la propia existencia. Pato?ka menciona las vivencias que relataron soldados como Teilhard de Chardin o Ernst Jünger. El texto se mueve en el límite de lo que puede ser nombrado, pero implica un descubrimiento: que la muerte no lo es todo. Puede acontecer una «experiencia absoluta» en la que sacrificio, libertad y responsabilidad se unen en una comprensión del mundo y de la propia existencia en el mundo.

Qué quiera decir esto es algo que tendrá que descubrir el lector transitando por las reflexiones de un filósofo que hizo a fondo la experiencia de la verdad en un sistema político incompatible con ella, pagando con su vida. No es poca su ejemplaridad en un tiempo en el que de nuevo cobra actualidad el proyecto de sustituir, en las luchas políticas, realidad por ideología. Los «cultos» llaman ahora a esa vieja práctica, que tuvo siempre el terrible nombre de demagogia, «posverdad».

José Lasaga Medina es catedrático de Filosofía de enseñanza media, profesor de Filosofía

en la UNED y profesor investigador en la Fundación José Ortega y Gasset. Ha sido comisario de la exposición *El Madrid de José Ortega y Gasset* (Residencia de Estudiantes y Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, mayo de 2006). Sus investigaciones se centran en los aspectos metafísicos y éticos del pensamiento orteguiano. Es autor de *José Ortega y Gasset (1883-1955). Vida y filosofía* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2003) y *Figuras de la vida buena. Ensayo sobre las ideas morales de Ortega y Gasset* (Madrid, Enigma, 2006), y editor de *Ortega en pasado y en futuro. Medio siglo después* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2007).

Autor: Jan Pato?ka

Edicion: Madrid, Encuentro, 2016

Paginas: 216 pp. 17,50 €

Titulo: Ensayos heréticos sobre filosofía de la historia